

AIMEE BENDER

*La insólita
amarargura del
pastel de limón*



Rose Edelstein está a punto de cumplir nueve años, y prueba a escondidas un pedazo de pastel que su madre ha cocinado para ella. Ella espera disfrutar del sabor del limón mezclado con el azúcar, pero de repente su boca se llena de soledad y tristeza. Sin que nadie sepa cómo ni por qué, la niña descubre que puede adivinar los sentimientos de quien cocina, y desde entonces comer será su arma secreta para conocer mejor a los demás. No solo los platos más sofisticados, sino unas simples patatas fritas o unas tostadas con mantequilla tienen historias que contar, y ahí está Rose, intentando acercarse al dolor de los demás y aprender a vivir. Intrigada y a menudo asustada, la niña descubre el lado oscuro de su propia familia: ese hogar en apariencia feliz se derrumba bajo el peso de la ansiedad de su madre, la indolencia de su padre y las extravagancias de un hermano que intenta huir de la rutina negando la realidad. Los años pasan, y por fin esa chiquilla que ya es mujer encontrará el buen sabor de la vida. ¿Cómo? Para saberlo, habrá que disfrutar de esta hermosa fábula que Aimee Bender ha cocinado con talento e imaginación.

Para Mir

Alimento es toda aquella sustancia que, sometida a la acción del estómago, puede asimilarse o transformarse en vida mediante la digestión y de este modo reparar las pérdidas que sufre el cuerpo humano como consecuencia del acto de vivir.

BRILLAT-SAVARIN, *Fisiología del gusto*

PRIMERA PARTE

Comida

1

Ocurrió por primera vez un martes por la tarde al pie de las colinas de Hollywood, un cálido día de primavera en que la brisa del mar agitaba los pétalos de los pensamientos recién plantados en nuestras jardineras.

Mi madre estaba en casa, preparando un pastel para mí. Abrió la puerta nada más verme entrar en el jardín, sin darme tiempo a llamar.

¿Qué tal una clase de repostería?, dijo, apoyada en el marco de la puerta. Me agarró para darme un abrazo y me estrechó contra ese delantal que me gustaba tanto, el de algodón muy gastado, adornado con un ribete de cerezas gemelas.

Los ingredientes ya estaban listos en la encimera de la cocina: el paquete de harina, la caja de azúcar y dos huevos morenos anidados en las juntas de las baldosas; un bloque de mantequilla con los bordes desdibujados; un cuenco de cristal con ralladura de limón. Eché un vistazo a la hilerera completa. Esa semana cumplía nueve años y el día se me había hecho eterno en el colegio, entre las clases de caligrafía, que odiaba a muerte, y la bronca en el patio por desacuerdos con la puntuación del juego. La cocina inundada de sol y la mirada dulce de mi madre eran como brazos abiertos que me daban la bienvenida. Introduje un dedo en la bolsita de terrones de azúcar moreno y murmuré sí, por favor, sí.

Mi madre dijo que tardaríamos alrededor una hora, así que saqué mi cuaderno de ortografía.

¿Puedo ayudar?, pregunté mientras desplegaba lápices y papeles sobre los mantelillos de vinilo.

No, dijo ella, mezclando la harina con la levadura.

Nací en el mes de marzo, y ese año mi cumpleaños cayó en una radiante semana de primavera que inundó de vida y de luz las calles estrechas del barrio residencial donde vivíamos, a unas manzanas al sur de Sunset. El jazmín que abría sus flores por la noche y que trepaba por la verja del vecino destilaba un perfume embriagador al caer la tarde y las montañas ondulaban en el horizonte, al norte, con sus laderas salpicadas de casas. Los días pronto serían más largos, y a mis nueve años asociaba mi cumpleaños con los primeros indicios del verano, con la sensación de ventanas abiertas en clase, ropa más ligera y el fin de los deberes en un par de meses. En primavera se me aclaraba el pelo, pasando del castaño claro a un tono casi rubio parecido a la borla de la coleta de mi madre. Los agapantos empezaban a alargar sus tallos de robot en los jardines del barrio y a llenarse de flores violetas y azules.

Mamá batió los huevos y tamizó la harina. Había reservado un cuenco con cobertura de chocolate y otro con fideos de todos los colores del arco iris.

Un desafío como aquel no era una empresa vespertina habitual. Mi madre no hacía pasteles con demasiada frecuencia, pero disfrutaba con cualquier actividad táctil, y el pastel en cuestión era un experimento más en la larga y reciente sucesión de trabajos manuales. En los últimos seis meses había cuidado con mimo una mata de fresas hasta convertirla en una parra, había confeccionado tapetes de encaje y, en un arranque de inspiración, había instalado una puerta trasera de roble en el dormitorio de mi hermano con ayuda de un carpintero. Antes trabajaba como administrativa en una oficina, pero no le gustaban las fotocopadoras, ni los zapatos incómodos, ni los ordenadores, y cuando mi padre terminó de pagar el crédito que había solicitado para hacer un máster de derecho, mi madre le preguntó si le pa-

recía bien que se tomara un poco de tiempo libre para aprender a hacer más cosas con las manos. Con mis manos, dijo, obsequiándolo con un toque de cadera; mis manos no han recibido clases de nada.

¿De nada?, dijo él, apretando con fuerza esas manos. Ella soltó una risita y dijo: De nada «práctico».

Me estaban estorbando en mitad del pasillo mientras saltaba de habitación en habitación con un leopardo de plástico. Perdón, dije.

Mi padre hundió la nariz en la melena de mi madre para aspirar su dulce fragancia. Generalmente accedía a todas sus peticiones, porque llevaba escrito en todo su ser que era el sostén de la familia, y porque la quería como un amante de las aves que se sobrecoge al oír el canto de la espátula rosada, una zancuda esponjosa y suave que entona su arrullo melodioso en los manglares. ¡Sí, señor!, dice el amante de las aves. Claro que sí, dijo papá, dándole un golpecito en la espalda con el montón de cartas que tenía en la mano.

El leopardo rugió y emprendió el camino de regreso a su guarida.

Me puse a hojear el cuaderno en la cocina disfrutando de los chasquidos que hacía el horno al calentarse. Si algo podía turbar mi bienestar en ese momento, solo sería como cuando una nube veloz oculta el sol por espacio de unos segundos. Sabía, vagamente, que mis padres habían discutido la noche anterior, pero los padres discuten a todas horas, en casa y en la tele. Además, no paraba de darle vueltas a la bronca por la puntuación desde la hora de comer. El árbitro era Eddie Oakley, el de las pecas, y nunca era justo arbitrando. Empecé a leer el cuaderno de ortografía: breva, breve, bravo; carro, carreta, carretilla. Mi madre vertió la masa amarilla y espesa en un molde engrasado y alisó la superficie con una espátula de plástico rosa. Comprobó la temperatura del horno y se retiró un mechón de pelo sudoroso de la frente con la muñeca.

Allá vamos, dijo, deslizando el pastel en el horno.

Levanté la vista del cuaderno y la vi frotarse los párpados con las yemas de los dedos. Me lanzó un beso con un soplo y dijo que iba a acostarse un rato. Muy bien, asentí. Dos pájaros se peleaban en el jardín. Elegí en el cuaderno a la persona que conducía el carro y le pinté los cordones de los zapatos de rojo y la cara de naranja claro. Me juré que en lo sucesivo botaría la pelota con mucha más fuerza y que la lanzaría justo a la esquina donde estuviera Eddie Oakley. Añadí un par de manzanas a la carretilla.

La cocina empezaba a llenarse de olor a mantequilla derretida, a azúcar, a huevos y a limón. A las cinco sonó el reloj del horno y saqué el pastel. La casa estaba en silencio. El cuenco con la cobertura de chocolate estaba preparado en la encimera, y los pasteles recién salidos del horno es cuando están más ricos. No pude resistirme: corté por un extremo del molde, donde menos se notara, saqué un pedacito de bizcocho dorado, esponjoso y caliente, y lo cubrí de chocolate. Me lo metí en la boca.

2

Después de dejar su trabajo mi madre se pasó unos seis meses poniendo la casa bonita. Cada semana emprendía un nuevo proyecto. Primero se ocupó de esa mata de fresas en el jardín: ató las ramas a la valla hasta que los frutos empezaron a asomar con sus puntas rojas como una guirnalda. Cuando terminó con las fresas se dedicó a cubrir el sofá con volutas de encaje y colocó el mejor de sus tapetes debajo de un cuenco lleno de fresas recién cortadas. A continuación montó la nata para cubrir las fresas de su enredadera y las sirvió en el cuenco de cerámica que había hecho cuando estudiaba en la universidad, colocado sobre el tapete. El resultado era una composición roja y blanca, delicada y elegante, pero a mi madre no le gustaban los halagos. Cuando la enredadera de las fresas comenzó a languidecer quiso probar algo más duradero, de manera que llamó a una amiga que conocía a un carpintero y solicitó sus servicios con la condición de que le permitieran ayudar en el montaje de la puerta trasera que decidió instalar en el dormitorio de mi hermano, por si resultaba que alguna vez le daba por salir de allí.

¡Pero si nunca sale de su cuarto!, protesté cuando fueron a la habitación de Joseph para tomar las medidas. ¿Por qué no me hacen una puerta a mí?

No tienes edad de tener una puerta, dijo mi madre. Mi hermano se resguardó detrás de la mochila y asintió con la cabeza cuando mi madre le preguntó si le parecía bien el lugar elegido. ¿Cuánto tardarán?, preguntó Joseph.

Trabajaremos solo mientras estéis en el colegio, nos tranquilizó mamá. Y sacó una libreta para hacer la lista de los materiales necesarios.

Se pasaron tres semanas serrando, lijando, destruyendo y reconstruyendo, mi madre en vaqueros, con la coleta metida por debajo del cuello de la blusa, y el carpintero enzarzado en interminables explicaciones sobre el tamaño de la puerta. Cuando abrieron el hueco en la pared, Joseph tuvo que dormir con un edredón de más, porque prefería su propia cama. Trabajaron sin descanso hasta que el marco de madera estuvo listo, el cristal instalado, la cerradura montada y unas cortinas rojas muy alegres cubrieron parcialmente la moldura. Mamá quiso enseñárselo todo a Joseph en cuanto volvió del colegio. ¡Tachán!, exclamó, cogiéndolo de la mano y haciendo una reverencia. Mi hermano abrió la puerta, salió, rodeó la casa para entrar por la puerta principal y se fue a la cocina a tomarse unos cereales. Está bien, dijo desde la cocina. Mamá y yo abrimos y cerramos la puerta unas cincuenta veces corriendo y descubriendo las cortinas una y otra vez. Cuando papá —que medía un metro ochenta y cinco y casi tenía que agacharse para pasar por las puertas— volvió a la hora de siempre, fue derecho a su dormitorio a hacer unas llamadas de teléfono, y cuando mamá lo arrastró para que admirara su obra, dijo muy bonito, muy bonito, y cruzó los brazos.

¿Qué pasa?, preguntó mamá.

Nada.

Tiene llave, dije yo.

Me hace gracia, dijo papá arrugando la nariz. Tanto trabajo para hacer una puerta en una habitación en la que solo entra un miembro de la familia.

Puedes usarla, dijo Joseph desde la cocina.

En caso de incendio, señalé.

Hemos tenido que lijar mucho, dijo mamá, acariciándose las palmas de las manos encallecidas.

Muy suaves, dijo papá, comprobando el tacto de las cortinas.

Después de la cena, cuando papá volvió a su dormitorio para terminar un trabajo pendiente, mamá se tumbó en la alfombra del salón delante de la chimenea de ladrillo rojo, y aunque la temperatura exterior era suave, casi veintiún grados, encendió el fuego con un tronco de pino viejo que había encontrado en el garaje. Siéntate, Rose, me dijo, y nos acurrucamos juntas a contemplar las temblorosas llamas que lamían el tronco hasta convertirlo en cenizas. Esa noche tuve pesadillas, porque al parecer es fácil tener pesadillas cuando hace demasiado calor. Soñé que nos hundíamos en ríos helados.

Mi pastel de cumpleaños era el último proyecto de mamá. Quería inspirarse en varias recetas para inventar su propio pastel: yo le pedí que fuera de limón, porque a los ocho años me encantaban los sabores ácidos. Hojeamos juntas varios libros de repostería hasta dar con el pastel perfecto, y el olor que se respiraba en la cocina era absolutamente delicioso. Para entendernos, el pedacito que probé estaba riquísimo: una masa cítrica ligera y cálida envuelta en la frescura del azúcar moreno bien batido.

Empezaba a oscurecer y, después de haber probado ese primer bocado, pasada la primera impresión, experimenté un cambio sutil, una reacción inesperada. Fue como si un sensor que hasta entonces hubiera estado enterrado en lo más hondo de mi ser desplegara un periscopio para explorar el entorno y alertar a mi boca de un fenómeno desconocido. Y es que la calidad de los ingredientes —el mejor chocolate, los limones más frescos— parecía ocultar algo más grande y más oscuro, un sabor más recóndito que comenzaba a abrirse camino. Distinguí perfectamente el chocolate, pero también a ráfagas, por momentos, como si algo despertara o emergiera, tuve la sensación de que la boca se me llenaba de un sabor a pequeñez, una sensación de encogimiento, de malestar; saboreé una distancia que,

sin saber por qué, comprendí que estaba relacionada con mi madre, percibí sus pensamientos enredados como una espiral y casi me pareció sentir el apretar de mandíbulas que le había causado el dolor de cabeza que ahora tendría que mitigar con un montón de aspirinas, una hilera de puntos blancos dispuestos sobre la mesilla de noche como la elipsis de su comentario: Voy a acostarme un rato... Ninguno de los sabores era desagradable, pero detectaba en ellos una especie de vacío, como si el limón y el chocolate rodearan el borde de un agujero enorme. Las hábiles manos de mi madre habían preparado aquel pastel, y su buen juicio le había indicado el equilibrio exacto de los ingredientes, pero ella no estaba allí. Me asusté tanto que saqué un cuchillo de un cajón para cortar un pedazo más grande y estropeé la perfección del círculo: necesitaba probarlo por segunda vez. Lo serví en un plato de flores rosas y cogí una servilleta del cajón. El corazón me latía a toda velocidad. Eddie Oakley se convirtió en una insignificante mota de polvo. Quise pensar que eran figuraciones mías —quizá un limón pasado o el azúcar rancio—, pero incluso cuando buscaba estas explicaciones supe que lo que había sentido no tenía nada que ver con los ingredientes; encendí la luz y me llevé el plato a la habitación contigua para sentarme en mi butaca favorita, la que estaba tapizada con un tela de rayas naranjas, y a cada bocado me decía: umm, delicioso, el mejor que he probado nunca; pero en cada bocado sentía ausencia, hambre, espirales, agujeros. En ese pastel que mi madre había hecho para mí, su hija a la que tanto quería, yo la veía desbordada, como esas veces en que, al volver del colegio, me recibía con los puños apretados y notaba en su manera de abrazarme una torpeza que en nada se correspondía con lo mucho que quería darme.

Me comí la porción entera, desesperada por demostrar que me estaba equivocando.

Mi madre se levantó pasadas las seis y, al entrar en la cocina, vio que al pastel le faltaba un pedazo, y me en-

contró desmoronada a los pies de la butaca de rayas naranjas. Se arrodilló y me apartó el pelo de la frente.

Rosie, cielo. ¿Estás bien?

Traté de abrir los ojos y me pareció que los párpados me pesaban como si me hubieran colgado unas pesas de plomo diminutas de cada pestaña, a la manera de una caña de pescar.

He tomado un pedazo de pastel, dije.

Mi madre sonrió. Yo seguía notando su dolor de cabeza, la pulsación en la sien izquierda, pero su sonrisa era sincera.

No importa, dijo, frotándose la sien. ¿Qué tal ha quedado?

Bien, contesté; pero me tembló la voz.

Cortó un trozo de pastel y se sentó conmigo en el suelo, con las piernas cruzadas. Tenía las marcas de las sábanas grabadas en las mejillas.

Umm, dijo, probando un bocado. ¿Te parece demasiado dulce?

Sentí que una montaña crecía en mi garganta y el dolor se extendía por el cuello.

¿Qué pasa, cariño?

No lo sé.

¿Ha vuelto Joe de clase?

Todavía no.

¿Qué pasa? ¿Estás llorando? ¿Te ha pasado algo en el colegio?

¿Os habéis peleado papá y tú?, dije.

No tiene importancia, dijo, limpiándose la boca con mi servilleta. Solo ha sido una discusión. No te preocupes por eso.

¿Estás bien?, pregunté.

¿Yo?

Tú, dije, incorporándome un poco.

Mi madre se encogió de hombros. Claro que estoy bien, dijo. Solo necesitaba una siesta. ¿Por qué lo preguntas?

Sacudí la cabeza para pensar con claridad. Me ha parecido que...

Ella enarcó las cejas, animándome a continuar.

Sabe a «vacío», señalé.

¿El pastel? Se rió un poco, sorprendida. ¿Y eso es malo? ¿He olvidado algún ingrediente?

No, dije. No es eso. Es como si estuvieras lejos. ¿Te encuentras bien?

Seguí sacudiendo la cabeza. Palabras estúpidas que no tenían ningún sentido.

Estoy aquí, dijo mi madre en tono alegre. Estoy bien. ¿Algo más?

Me ofreció el tenedor cargado de cacao y luz del sol, pero no pude probarlo. Tragué saliva y con cierto esfuerzo conseguí rodear la montaña que se había formado en mi garganta.

No debería estropear la cena, dije.

Solo entonces, y por espacio de un segundo, mi madre me miró de un modo extraño. Qué graciosa eres, dijo. Se limpió los dedos con la servilleta y se levantó. Bueno, dijo. ¿Empezamos?

¿La cena?, dije.

Pollo, dijo, mirando el reloj. ¡Es tarde!

La seguí a la cocina. Joseph apareció diez minutos después. Oí el golpe seco de su mochila en el suelo, como si un yunque cayera del techo. Venía acalorado del camino, con los ojos gris claro, el pelo humedecido de sudor, y a juzgar por las mejillas encendidas y el brillo en su mirada, como si quisiera contar algo que le había pasado, alguna anécdota divertida, alguna broma o alguna tomadura de pelo. Pero se lavó las manos en el fregadero, en silencio. Mi hermano parecía concentrar el aire a su alrededor para envolverse en un manto.

Mamá lo abrazó como si llevara un año sin verlo. Él le dio una palmadita en el hombro, como si fuera un perrito, y nos pusimos a trocear y a lavar mientras mi madre prepara-